

# 10.º domingo ordinario C

*Has trocado mi lamento en una danza,  
me has quitado el sayal  
y me has ceñido de alegría. (Sal 29,12)*



## Primera lectura

*1 Reyes 17,17-24*

En aquellos días cayó enfermo el hijo de la señora de la casa. La enfermedad era tan grave que se quedó sin respiración. Entonces la mujer dijo a Elías: – ¿Qué tienes tú que ver conmigo?, ¿has venido a mi casa para avivar el recuerdo de mis culpas y hacer morir a mi hijo?

Elías respondió: – Dame a tu hijo.

Y, tomándolo de su regazo, lo subió a la habitación donde él dormía y lo acostó en su cama. Luego invocó al Señor: – Señor, Dios mío, ¿también a esta viuda que me hospeda la vas a castigar haciendo morir a su hijo?

Después se echó tres veces sobre el niño, invocando al Señor: – Señor, Dios mío, que vuelva al niño la respiración.

El Señor escuchó la súplica de Elías: al niño le volvió la respiración y revivió. Elías tomó al niño, lo llevó al piso bajo y se lo entregó a su madre diciendo: – Mira, tu hijo está vivo.

Entonces la mujer dijo a Elías: – Ahora reconozco que eres un hombre de Dios y que la palabra del Señor en tu boca es verdad.

## Segunda lectura

*Gálatas 1,11-19*

Hermanos y hermanas: Os notifico que el Evangelio anunciado por mí no es de origen humano; yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo. Habéis oído hablar de mi conducta pasada en el judaísmo: con qué saña perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba, y me señalaba en el judaísmo más que muchos de mi edad y de mi raza, como partidario fanático de las tradiciones de mis antepasados. Pero cuando Aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó a su gracia, se dignó revelar a su Hijo en mí, para que yo lo anunciara a los gentiles, en seguida, sin consultar con hombres, sin subir a Jerusalén a ver a los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, y después volví a Damasco. Más tarde, pasados tres años, subí a Jerusalén para conocer a Pedro, y me quedé quince días con él. Pero no vi a ningún otro apóstol; vi solamente a Santiago, el pariente del Señor.

En aquel tiempo iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando estaba cerca de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo: – No llores. Se acercó al ataúd (los que lo llevaban se pararon) y dijo: – ¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!

El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios diciendo: – Un gran Profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo.

La noticia del hecho se divulgó por toda la comarca y por Judea entera.

## Meditación

*El milagro de Jesús que constituye el tema del relato presente forma la instrucción a la pregunta que formula Juan Bautista: "¿Eres tú el que ha de venir?". Jesús es quien muestra con el hijo de la viuda de Naim el verdadero triunfo de la vida.*

*Sobre este fondo de preocupación doctrinal es arriesgado asegurar la realidad histórica del milagro que estamos comentando. Lo que importa no es el hecho en sí, sino el sentido que contiene y nos transmite: Jesús ha ofrecido a los hombres el regalo (o el misterio) de la plenitud universal, en la que está incluida la resurrección de los muertos. En los milagros, vistos en conjunto, se refleja y anticipa la verdad del reino. Pues bien, entre los prodigios que mejor reflejan el sentido de Jesús se encuentra este relato. Sus elementos fundamentales son los siguientes:*

*a) Hay una revelación de Dios. Ante el milagro de la piedad de Jesús, que se compadece de la viuda y resucita a su hijo, el pueblo exclama: "Dios ha visitado a su pueblo". En este gesto se revela Dios como el poder que acoge al hombre muerto y le transforma. De Jesús se afirma que es profeta. La palabra profeta ha perdido aquí su significado primitivo; no se refiere al hombre que transmite la palabra de Dios, sino al que ofrece la hondura transformante de su vida. En esta perspectiva, Jesús no es un profeta de Dios por anunciar el reino con palabras, sino porque ha venido a realizarlo (resurrección).*

*b) Con la resurrección se desvela el sentido de la vida. Jesús no viene a destruir, sino a crear; no saca al hombre de la tierra para hacer que encuentre a Dios, sino que le introduce en el auténtico sentido de esa tierra: le ofrece la alegría de una vida abierta. Es la alegría de una madre que reencuentra al hijo perdido, la plenitud de una vida que parecía troncada y vuelve a encontrar de nuevo sus raíces.*

*c) Desde aquí se entiende todo el carácter de signo que ofrece este milagro. La resurrección del hijo de la viuda testimonia que Jesús es aquél que "ha de venir" y ofrece a todos la garantía de una vida que triunfa sobre la muerte.*

*Desde aquí se pueden deducir dos conclusiones fundamentales: La primera que se refiere a nuestra visión del misterio: Dios se encuentra allí donde los hombres descubren el sentido de la piedad (un amor vivificante). La segunda alude a nuestra conducta: seguir el gesto de Jesús significa suscitar la vida: tener piedad de los que sufren y ofrecerles nuestra ayuda. Seguir a Jesús significa hacer que nazca la confianza, precisamente allí donde parece que todos los caminos se han cerrado, allí donde la vejez, la enfermedad o muerte parezcan ser definitivas. La fe consiste en aceptar la resurrección de entre los muertos, intentando que su fuerza y su verdad penetre nuestra vida y nos transforme (aún en medio de la muerte).*